

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

## **La fugitiva**

**A la busca del tiempo perdido, VI**

el paseo | central, 39

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

MARCEL PROUST

# La fugitiva

(Albertine desaparecida)

A la busca del tiempo perdido, VI

Edición anotada y puesta al día  
de Mauro Armíño

el paseo, 2024

Título original: *À la recherche du temps perdu*  
*La Fugitive (Albertine disparue)*

© de la traducción, prólogos y notas: Mauro Armiño, 2024

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2024

[www.elpaseoeditorial.com](http://www.elpaseoeditorial.com)

1.ª edición: mayo de 2024

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés

Corrección: César de Bordons Ortiz

Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. (OBRA COMPLETA) 978-84-19188-07-6

I.S.B.N. (VOLUMEN) 978-84-19188-13-7

DEPÓSITO LEGAL: SE-448-2024

CÓDIGO THEMA: FBC

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España

## Contenido

*La fugitiva (Albertine desaparecida)*  
(A la busca del tiempo perdido, VI)

CAPÍTULO PRIMERO	11
<i>La pena y el olvido</i>	
CAPÍTULO SEGUNDO	169
<i>Mademoiselle de Forcheville</i>	
CAPÍTULO TERCERO	249
<i>Estancia en Venecia</i>	
CAPÍTULO CUARTO	293
<i>Nuevo aspecto de Robert de Saint-Loup</i>	
RESUMEN	341

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

# La fugitiva

(Albertine desaparecida)

A la busca del tiempo perdido, VI

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

## CAPÍTULO PRIMERO

*La pena y el olvido*<sup>1</sup>

«¡Mademoiselle Albertine se ha marchado!» ¡Cuánto más lejos llega el sufrimiento en psicología que la psicología! Un momento antes, analizándome, había creído que aquella separación sin habernos vuelto a ver era precisamente lo que yo deseaba, y comparando la mediocridad de los placeres que Albertine me daba con la riqueza de los deseos que me impedía realizar,<sup>2</sup> me había encontrado sutil, había llegado a la conclusión de que no quería volver a verla, de que ya no la amaba. Pero aquellas palabras: «Mademoiselle Albertine se ha marchado» acababan de producir en mi corazón tal sufrimiento que sentía que no podría re-

<sup>1</sup> Mientras que en el manuscrito no aparece título alguno, en la dactilografía 1, de mano de Proust, figura: *Albertine desaparecida / capítulo 1 / La pena y el olvido*. En la dactilografía 2, la adición dice: *Albertine desaparecida capítulo 1 / NB Aquí empieza Albertine desaparecida, continuación de la novela anterior / la prisionera*. Véase para la evolución del texto la Introducción a *La prisionera*, vol. v.

<sup>2</sup> Son varias las diferencias que hay en este arranque de *La fugitiva* según la dactilografía que sigan los editores; si la edición de la Bibliothèque de la Pléiade (Gallimard, 1987) dirigida por Georges Forestier, utiliza, como la póstuma –a cargo de J. Rivière y del hermano del novelista, R. Proust–, la dactilografía 1, Nathalie Mauriac emplea una transcripción mecanográfica distinta que aporta variantes de importancia; por ejemplo, en este punto: «[...] *que me impedía realizar* (y a los que la certeza de su presencia en mi casa, presión de mi atmósfera moral, había permitido ocupar el primer plano de mi alma, pero que a la primera noticia de que Albertine se había marchado ya no podían siquiera entrar en concurrencia con ella, porque se habían desvanecido de inmediato), *me había encontrado sutil...*» (*La Fugitive*, Le Livre de Poche, 1993, pág. 7). Anotamos algunas de esas variantes por parecernos significativas.

sistirlo más tiempo. Así lo que había creído que no suponía nada para mí, era sencillamente toda mi vida. Cómo se ignora uno. Había que poner fin inmediatamente a mi sufrimiento; tierno conmigo mismo como mi madre con mi abuela moribunda, me decía, con esa misma buena voluntad que ponemos en no dejar sufrir a lo que amamos: «Ten un segundo de paciencia, se te encontrará un remedio, tranquilízate, no se te dejará sufrir así».<sup>3</sup> Fue en este orden de ideas como mi instinto de conservación buscó para ponerlos sobre mi herida abierta los primeros calmantes: «Todo esto no tiene ninguna importancia porque la haré volver enseguida. Voy a analizar los medios, pero en cualquier caso estará aquí esta noche. Por tanto es inútil atormentarse». «Todo esto no tiene ninguna importancia», no me había contentado con decírmelo, había tratado de dar esa impresión a Françoise evitando dejarla ver mi sufrimiento, porque mi amor, incluso en el momento en que lo sentía con tanta violencia, no olvidaba que le interesaba parecer un amor feliz, un amor compartido, sobre todo a ojos de Françoise, que como no amaba a Albertine siempre había dudado de su sinceridad. Sí, hacía un momento, antes de la llegada de Françoise, había creído que ya no amaba a Albertine, había creído no dejar nada de lado; como meticoloso analista, había creído conocer bien el fondo de mi corazón. Pero nuestra inteligencia, por grande que sea, no puede percibir los elementos que la componen y que permanecen insospechados, mientras que del estado volátil en que subsisten la mayor parte del tiempo un fenómeno capaz de aislarlos no los haya hecho sufrir un principio de solidificación. Me había equivocado creyendo ver claro en mi corazón. Pero ese conocimiento que no me habían dado las más finas percepciones de la mente, acababa de aportármelo, duro, resplandeciente, extraño, como una sal cristalizada, la brusca reacción del dolor. Estaba tan habituado a tener a Albertine a mi lado, y de repente veía

---

<sup>3</sup> Véase *La parte de Guermantes*, vol. III, pág. 384. La dactilografía Mauriac incluye aquí: «Y adivinando confusamente que si hacía un momento, cuando aún yo no había llamado, la marcha de Albertine había podido parecerme indiferente, deseable incluso, es que la creía imposible, fue en este orden de ideas...» (*La Fugitive*, N. Mauriac, ed. cit., pág. 7).

un nuevo rostro del Hábito. Hasta ese momento lo había considerado sobre todo como un poder aniquilador que suprime la originalidad e incluso la conciencia de las percepciones; ahora lo veía como una divinidad temible, tan afincada en nosotros, con su insignificante rostro tan incrustado en nuestro corazón que si se separa, si se aparta de nosotros, esa deidad que apenas distinguíamos nos inflige sufrimientos más terribles que ninguna otra y es entonces tan cruel como la muerte.

Lo más urgente era leer la carta de Albertine dado que quería pensar en los medios de hacerla volver. Los sentía en mi poder porque, como el futuro es lo que todavía no existe salvo en nuestro pensamiento, aún nos parece modificable por la intervención *in extremis* de nuestra voluntad. Pero al mismo tiempo recordaba haber visto actuar sobre él otras fuerzas distintas de la mía y contra las cuales, por más tiempo que se me hubiera dado, no habría podido nada. ¿De qué sirve que la hora no haya sonado todavía si no podemos nada sobre lo que ha de ocurrir? Cuando Albertine vivía en mi casa, estaba totalmente decidido a conservar la iniciativa de nuestra separación. Y luego ella se había marchado. Abrí la carta de Albertine.<sup>4</sup> Estaba concebida así:

Amigo mío, perdóneme si no me he atrevido a decirle de viva voz las pocas palabras que siguen, pero soy tan cobarde, he tenido siempre tanto miedo delante de usted, que, a pesar de esforzarme, no he tenido el valor de hacerlo. Lo que habría debido decirle es lo siguiente: «Entre nosotros la vida se ha vuelto imposible, ya vio usted, además, por su escena de la otra noche, que algo había cambiado en nuestras relaciones. Lo que pudo arreglarse esa noche se volvería irreparable dentro de unos días. Más vale por lo tanto, ya que tuvimos la suerte de reconciliarnos, separarnos como buenos amigos»; por eso, querido, le envío estas líneas, y le ruego que sea tan bueno

---

<sup>4</sup> La primera versión de *La fugitiva* relaciona la marcha de Albertine y el inicio de *A la busca del tiempo perdido*, con el niño esperando en la escalera el beso de la madre: «Pero por desgracia ya no tenía nada que esperar. Esta es la carta que leí. Copiar la carta». Esta nota ha hecho pensar que Proust adapta –como más adelante, véase nota 39, pág. 52– una carta real de Agostinelli.

como para perdonarme si le causo un poco de pena pensando en lo inmensa que ha de ser la mía. Queridísimo, no quiero convertirme en su enemiga, ya me resultará bastante duro volverme poco a poco, y muy pronto, indiferente para usted; por eso, como mi decisión es irrevocable, antes de hacer que le entreguen esta carta por medio de Françoise, le habré pedido mis baúles. Adiós, le dejo lo mejor de mí misma. Albertine.

Todo esto, me dije, no significa nada, es mejor incluso de lo que pensaba, porque, como no piensa una palabra de todo esto, evidentemente solo lo ha escrito para dar un gran golpe, para que me asuste, para que deje de ser insoportable con ella. Hay que atender a lo más urgente, que Albertine esté de vuelta esta noche. Es triste pensar que los Bontemps son gentes turbias que se sirven de su sobrina para sacarme el dinero. Pero ¿qué importa? Aunque para que Albertine esté aquí esta noche tuviera que dar la mitad de mi fortuna a Mme. Bontemps, nos quedará suficiente a Albertine y a mí para vivir agradablemente. Y al mismo tiempo calculaba si tendría tiempo de ir esa mañana a encargar el yate y el Rolls Royce<sup>5</sup> que ella deseaba, sin pensar siquiera, por haber desaparecido toda vacilación, que había podido parecerme poco sensato regalárselos. Incluso si no basta la adhesión de Mme. Bontemps, si Albertine no quiere obedecer a su tía y pone por condición de su vuelta que en adelante tendrá su plena independencia, bueno, por mucha pena que me cause, se la concederé; saldrá sola, como ella quiera; hay que saber aceptar sacrificios, por dolorosos que sean, por la cosa que más nos importa y que es, a pesar de lo que me hacían creer aquella mañana mis razonamientos exactos y absurdos, que Albertine viva aquí. ¿Puedo decir además que dejarle esa libertad me hubiera sido realmente doloroso? Mentiría. Ya había sentido a menudo que el sufrimiento de dejarla libre de hacer el mal lejos de mí era quizá menor, incluso, que aquel género de tristeza que solía experi-

---

<sup>5</sup> Cuando Alfred Agostinelli abandona a Proust, el novelista, para inducirlo a volver, quiso regalarle un aeroplano, que llegó a encargar por veintisiete mil francos; dos días después de recibir la noticia de la muerte de su amigo, Proust anuló el encargo (véase *La prisionera*, vol. v, pág. 44, nota 52).

mentar al sentirla aburrirse conmigo, en mi casa. Sin duda, en el momento mismo en que me hubiera pedido ir a alguna parte, dejarla hacer, con la idea de que había orgías organizadas, me habría resultado atroz. Pero decirle: «Coja nuestro barco, o el tren, váyase a pasar un mes a tal país que yo no conozco, donde no sabré nada de lo que haga», esto me había gustado a menudo pensando que por comparación, lejos de mí, me preferiría y habría sido feliz a la vuelta. Por otra parte, con toda seguridad ella misma lo desea; no exige de ninguna manera esa libertad a la que, además, ofreciéndole cada día placeres nuevos, conseguiré fácilmente obtener, día a día, alguna limitación. No, lo que Albertine ha querido es que deje de ser insoportable con ella, y sobre todo –como tiempo atrás Odette con Swann– que me decida a casarme con ella. Una vez casada, su independencia dejará de interesarle; nos quedaremos los dos aquí, ¡tan felices! Esto, desde luego, suponía renunciar a Venecia. Pero ¡qué pálidas, indiferentes, muertas se vuelven las ciudades más deseadas como Venecia –con mayor motivo las anfitrionas como la duquesa de Guermantes, las distracciones como el teatro–, cuando estamos unidos a otro corazón por un vínculo tan doloroso que nos impide alejarnos! Además, Albertine tiene toda la razón en este asunto del matrimonio. Hasta a mamá le parecían ridículos todos aquellos retrasos. Casarme con ella es lo que habría debido hacer hace mucho, es lo que tendré que hacer, eso es lo que le ha inducido a escribir esta carta de la que no piensa una sola palabra de lo que dice; y solo para conseguirlo ha renunciado por unas horas a lo que debe desear tanto como deseo yo que haga: volver aquí. Sí, eso es lo que ha querido, esa es la intención de su acto, me decía mi compasiva razón, pero sentía que, al decírmelo, mi razón seguía situándose en la misma hipótesis que había adoptado desde el principio. Sin embargo sentía perfectamente que era la otra hipótesis la que nunca había dejado de confirmarse.<sup>6</sup> Esta segunda hipótesis nunca habría sido sin duda lo bastante audaz para formular expresamente que Albertine pu-

---

<sup>6</sup> Sobre las dos hipótesis, véase *A la sombra de las muchachas en flor*, vol. II, págs. 425-426, 578-579; *Sodoma y Gomorra*, vol. IV, págs. 252-253, y *supra*, *La prisionera*, vol. V, págs. 394, 409-412, 449-451.

diera haber tenido una relación con Mlle. Vinteuil y su amiga. Y sin embargo, cuando había estado sumergido por la invasión de ese noticia terrible, en el momento en que entrábamos en la estación de Incarville,<sup>7</sup> era la segunda hipótesis la que se había visto confirmada. Esta nunca había concebido después que Albertine pudiera dejarme por propia iniciativa, de aquella manera, sin avisarme ni darme tiempo a impedírselo. Pero si, de todos modos, tras el nuevo salto inmenso que la vida acababa de hacerme dar, la realidad que se me imponía era tan nueva como aquella ante la que nos ponen el descubrimiento de un físico, las investigaciones de un juez instructor o los hallazgos de un historiador sobre el trasfondo de un crimen o de una revolución, esa realidad superaba las mezquinas previsiones de mi segunda hipótesis, aunque sin embargo las confirmaba. No era esta segunda hipótesis la de la inteligencia, y el miedo pánico que había sentido la noche en que Albertine no me había besado, la noche en la que había oído el ruido de la ventana,<sup>8</sup> ese miedo no era razonado. Pero –y la continuación lo demostrará mejor, como muchos episodios ya han podido indicarlo– el hecho de que la inteligencia no sea el instrumento más sutil, el más poderoso, el más adecuado para captar la verdad, no es sino una razón más para empezar por la inteligencia y no por un intuitivismo del inconsciente, por una fe preconcebida en los presentimientos. Es la vida la que, poco a poco, caso por caso, nos permite advertir que lo que es más importante para nuestro corazón, o para nuestro espíritu, no nos lo enseña el razonamiento, sino otras potencias. Y entonces es la inteligencia misma la que, dándose cuenta de su superioridad, abdica por razonamiento ante ellas, y acepta volverse su colaboradora y su sirviente. Es la fe experimental. La desgracia imprevista a la que me enfrentaba, también me parecía haberla conocido ya (como la amistad de Albertine con dos lesbianas) por haberla leído en tantos signos en los que (a pesar de las afirmaciones contrarias de mi razón, apoyadas en

---

<sup>7</sup> Véase *Sodoma y Gomorra*, vol. IV, pág. 618, donde la fatídica revelación de Albertine se produce en Parville, parada siguiente a Incarville en el trayecto del trenecito.

<sup>8</sup> Véase *La prisionera*, vol. V, págs. 460-461.

lo que decía la propia Albertine) había discernido el cansancio, el horror que ella sentía por vivir así, como esclava, ¡signos trazados como con tinta invisible en el reverso de las pupilas tristes y sumisas de Albertine, en sus mejillas repentinamente encendidas por un inexplicable rubor, en el ruido de la ventana que se había abierto bruscamente! Sin duda no me había atrevido a interpretarlos hasta el fondo ni a formar expresamente la idea de su súbita partida. Con un alma equilibrada por la presencia de Albertine, solo había pensado en una partida preparada por mí, en una fecha indeterminada, es decir, situada en un tiempo inexistente; por lo tanto, solo había tenido la ilusión de pensar en una partida, como la gente que imagina no tener miedo a la muerte cuando piensan en ella mientras están sanos, y en realidad no hacen sino introducir una idea puramente negativa en el seno de una buena salud que precisamente la proximidad de la muerte alteraría. Por otro lado, aunque la idea de la marcha de Albertine por voluntad propia hubiera podido presentarse mil veces a mi mente de la forma más clara, más nítida del mundo, tampoco habría sospechado nunca lo que para mí supondría, es decir, en realidad, esa marcha, qué cosa original, atroz, desconocida, qué daño absolutamente nuevo. En aquella marcha, de haberla previsto, habría podido pensar sin tregua durante años, sin que todos esos pensamientos puestos en fila uno tras otro tuvieran la menor relación, no solo de intensidad sino de semejanza, con el inimaginable infierno cuyo velo había levantado para mí Françoise al decirme: «Mademoiselle Albertine se ha marchado». Para figurarse una situación desconocida, la imaginación toma prestados elementos conocidos y por eso no se la figura. En cambio, la sensibilidad, hasta la más física, recibe por así decir la estela del rayo, la firma original y largo tiempo indeleble del acontecimiento nuevo. Y apenas me atrevía a decirme que, de haber previsto aquella marcha, tal vez habría sido incapaz de figurármela en todo su horror, ni siquiera de impedirla si Albertine me la hubiera anunciado y yo la hubiese amenazado, suplicado. ¡Qué lejos estaba ahora de mí el deseo de Venecia! Como en otro tiempo en Combray el de conocer a Mme. de Guermantes, cuando llegaba la hora en que solo me importaba una cosa, tener a mamá en mi cuarto. Y eran desde luego todas las inquie-

tudes experimentadas desde mi infancia las que, a la llamada de la nueva angustia, habían acudido a reforzarla, a amalgamarse a ella en una masa homogénea que me asfixiaba.

Cierto, ese golpe físico que asesta al corazón una separación así y que, gracias a ese terrible poder de registro que posee el cuerpo, hace del dolor algo contemporáneo a todas las épocas de nuestra vida en que hemos sufrido; cierto, ese golpe al corazón sobre el que quizá especula un poco –nos preocupa tan poco el dolor de los demás–, la mujer que desea dar a la pena el máximo de intensidad, bien porque, limitándose a esbozar una marcha falsa solo quiera pedir condiciones mejores, bien porque yéndose para siempre –¡para siempre!– desee herir, por vengarse o para continuar siendo amada, o, en interés de la calidad del recuerdo que ha de dejar, para romper violentamente esa red de cansancios, de indiferencias, que había sentido tejerse; desde luego, este golpe al corazón nos habíamos prometido evitarlo, nos habíamos dicho que nos separaríamos amistosamente. Pero en última instancia es muy raro separarse como amigos, porque si se estuviera en buenas relaciones no habría separación. Y además, la mujer con la que nos mostramos más indiferentes siente de todos modos, oscuramente, que al cansarnos de ella, en virtud de un mismo hábito, cada vez estamos más unidos a ella, y piensa que uno de los elementos esenciales para separarse amistosamente es marcharse avisando al otro. Pero teme que el aviso lo impida. Toda mujer siente que, cuanto mayor es su poder sobre un hombre, el único modo de irse es huir. Fugitiva porque reina, así es. Cierto que hay un intervalo inconcebible entre ese cansancio que inspiraba hace un instante y, porque se ha marchado, esa furiosa necesidad de recuperarla. Pero para esto, al margen de las expuestas en el curso de esta obra y de otras que lo serán más adelante, hay unas razones. Ante todo, la marcha suele tener lugar en el momento en que la indiferencia –real o supuesta– es mayor, en el punto extremo de la oscilación del péndulo. La mujer se dice: «No, esto no puede seguir así», precisamente porque el hombre solo habla de dejarla, o piensa en ello; y es ella la que se va. Entonces, al volver el péndulo a su otro punto extremo, el intervalo es máximo. En un segundo vuelve a ese punto; una vez más, al margen de todas las

razones dadas, ¡es tan natural! El corazón palpita; y además, la mujer que se ha marchado ya no es la misma que estaba allí. Su vida a nuestro lado, demasiado conocida, ve agregársele de repente las vidas a las que inevitablemente va a mezclarse, y quizá nos ha dejado precisamente para mezclarse a ellas. De suerte que esa riqueza nueva de la vida de la mujer que se ha marchado tiene un efecto retroactivo sobre la mujer que estaba a nuestro lado y acaso premeditaba su marcha. A la serie de hechos psicológicos que podemos deducir y que forman parte de su vida con nosotros, de nuestro hastío demasiado visible para ella, también de nuestros celos (y que hace que los hombres que han sido abandonados por varias mujeres casi siempre lo hayan sido de la misma manera debido a su carácter y a reacciones siempre idénticas que es posible calcular: cada cual tiene su manera propia de ser traicionado, como tiene su manera de resfriarse), a esa serie no demasiado misteriosa para nosotros correspondía sin duda una serie de hechos que hemos ignorado. Ella debía mantener desde hacía un tiempo relaciones escritas, o verbales, mediante mensajeros, con tal hombre o tal mujer, esperar cierta señal que quizá nosotros mismos hemos dado sin saberlo al decirle: «Ayer vino a verme el señor x», si había convenido con el señor x que este vendría a verme la víspera del día en que ella debería reunirse con el señor x. ¡Cuántas hipótesis posibles! Solo posibles. Era tan perfecto construyendo la verdad, pero solo como posibilidad, que un día, tras abrir por error una carta para una de mis amantes, carta escrita en clave y que decía: *Sigo esperando señal para ir a casa del marqués de Saint-Loup, avise mañana por teléfono*, reconstruí una especie de fuga proyectada; el nombre del marqués de Saint-Loup servía únicamente para indicar otra cosa, porque mi amante no conocía a Saint-Loup, pero me había oído hablar de él, y además la firma era una especie de apodo, sin forma alguna de lenguaje. Y la carta no iba dirigida a mi amante, sino a una persona de la casa que llevaba un nombre distinto pero que se había leído mal.<sup>9</sup> La carta no estaba en clave sino en mal francés porque era una americana,

<sup>9</sup> Este error de lectura prefigura el del telegrama de Gilberte, no de Albertine, durante la estancia en Venecia (véase *infra*, págs. 273-274).

efectivamente amiga de Saint-Loup como este me hizo saber. Y la extraña manera en que aquella americana trazaba ciertas letras había dado el aspecto de un apodo a un nombre perfectamente real aunque extranjero. De modo que ese día me había equivocado completamente en mis sospechas. Pero la armazón intelectual con que yo había relacionado estos hechos, todos falsos, era en sí misma la forma tan justa, tan inflexible de la verdad que, cuando, tres meses más tarde, mi amante (que en ese momento pensaba pasar toda su vida conmigo) me había dejado, lo había hecho de una manera absolutamente idéntica a la que yo había imaginado la primera vez. Llegó una carta con las mismas características que falsamente había atribuido yo a la primera carta, pero esta vez precisamente con el sentido de la señal, etcétera.

Esta desgracia era la mayor de toda mi vida. Y, pese a todo, el dolor que me causaba tal vez era superado aún por la curiosidad de conocer las causas de aquella desgracia: a quien Albertine había deseado, encontrado de nuevo. Pero las fuentes de estos grandes acontecimientos son como las de los ríos, por más que recorramos la superficie de la tierra nunca damos con ellas. Así, ¿no había premeditado Albertine su fuga desde hacía mucho tiempo? No he dicho (porque entonces solo me pareció manierismo y malhumor, lo que Françoise llamaba «estar de morros») que, desde el día en que había dejado de besarme,<sup>10</sup> Albertine parecía tener que ir a un entierro, muy derecha, envarada, con una voz triste en las cosas más simples, lenta en sus movimientos, sin volver a sonreír nunca. No puedo decir que ningún hecho demostrase alguna connivencia con el exterior. Françoise me contó, cierto es que después, que dos días antes de su marcha, al entrar ella en su cuarto no había encontrado a nadie, las cortinas estaban echadas, pero por el olor del aire y por el ruido notó que la ventana estaba abierta. Y, en efecto, había encontrado a Albertine en el balcón. Pero no se ve con quién hubiera podido comunicarse desde allí, y además las cortinas echadas sobre la ventana abierta podían explicarse, desde luego, por saber Albertine cuánto temía yo las corrientes de aire y

---

<sup>10</sup> Véase, *La prisionera*, vol. v, págs. 458-459.

que, si las cortinas no me protegían mucho, hubieran impedido a Françoise ver desde el pasillo que los postigos estaban abiertos tan temprano. No, no veo nada, salvo un hecho minúsculo que solo prueba que la víspera ella sabía que iba a marcharse. En efecto, la víspera había cogido en mi cuarto, sin que yo me diera cuenta, una gran cantidad de papel y de tela de embalar que allí había, con cuya ayuda empaquetó sus innumerables batas y saltos de cama toda la noche para marcharse por la mañana. Es el único hecho, eso fue todo. No puedo dar importancia a que esa noche me devolviera, casi a la fuerza, mil francos que me debía, esto no tiene nada de particular, porque era de una escrupulosidad extrema en cosas de dinero.

Sí, cogió el papel de embalar la víspera, ¡pero no solo desde la víspera sabía que iba a marcharse! Porque no fue la pena lo que la hizo marcharse, sino la resolución tomada de marcharse, de renunciar a la vida que había soñado, lo que le dio aquel aire de pena. Pena, casi solemnemente fría conmigo, salvo la última noche cuando, después de haberse quedado en mi cuarto más tarde de lo que quería –cosa que me extrañaba en ella, que siempre quería prolongarlo–, me dijo desde la puerta: «Adiós, pequeño, adiós, pequeño». Pero en el momento no hice caso. Françoise me contó que a la mañana siguiente, cuando Albertine le dijo que se marchaba (aunque, por otra parte, también puede explicarse por el cansancio, porque no se había desvestido y había pasado toda la noche empaquetando, salvo las cosas que tenía que pedir a Françoise y que no estaban en su cuarto ni en su gabinete de aseo), estaba todavía tanto más triste, tanto más derecha, tanto más envarada que los días anteriores, que Françoise creyó, cuando le dijo: «Adiós, Françoise», que iba a caerse. Cuando se llegan a saber estas cosas, se comprende que la mujer que ahora os gusta mucho menos que todas aquellas a las que con tanta facilidad se encuentran en los más sencillos paseos, a la que se odiaba por sacrificarlas por ella, sea en cambio la que ahora preferiríamos mil veces. Pues no se plantea la cuestión entre cierto placer –que por el uso, y quizá por la mediocridad del objeto, se ha vuelto casi nulo– y otros placeres, estos tentadores, seductores, sino entre esos placeres y algo mucho más fuerte que ellos, la piedad hacia el dolor.